

Las rutas de la utopía. Sociedad civil y comunicación

Rossana Reguillo*

*Para Raúl Mora, navegante de aguas turbulentas,
por su irreductible fe en los otros.*

Baudrillard ha dicho que la imposibilidad de escenificar la ilusión es del mismo tipo que la imposibilidad de rescatar un nivel absoluto de realidad, realidad y simulación se superponen, y en esta realidad-simulacro, las relaciones sociales quedan neutralizadas.¹

Así, en el espacio público, lo superficial se convierte en motivo de discusión profunda y los profundos sentidos de lo social se banalizan. Las utopías pierden vigencia y son remplazadas por seductoras ofertas de una vida mejor que se suceden unas a otras en un caleidoscopio de formas increíblemente variadas y a una velocidad vertiginosa.

El hombre utópico está pasado de moda, anuncian ciertos discursos "posmodernos", y toma su lugar el *hombre consumidor*, que lo mismo digiere creencias que productos, que adopta y desadopta ilusiones como modas pasajeras. Las estrategias de dominación cuentan con ese hombre amnésico, desmemoriado, fanático de los discursos fáciles y desechables.

Sin embargo, cotidianamente miles de mujeres y de hombres se resisten a abandonar los territorios de la utopía, recreando en sus prácticas y en sus luchas diarias la esperanza, volviendo evidente la persistencia de una memoria y un proyecto anclados en la promesa de una sociedad mejor.

Si la comunicación tiene sentido, es cuando logra expresar esas luchas, cuando es capaz de convocar a los sujetos a un proyecto basado en el consenso, que superando la diferencia, no la convierte en desigualdad. Como dice Sader, un nuevo

sujeto político se constituye "cuando emerge una matriz discursiva capaz de reordenar los enunciados, señalando aspiraciones difusas o articuladas de otro modo, logrando que los individuos se reconozcan en esos nuevos significados."²

Junto al discurso de la renuncia y des-ilusionador, coexiste el discurso de la esperanza y del sentido *en común*, pero el péndulo oscila peligrosamente.

La realidad domesticada

Es bien sabido que al pesimismo de los setenta le ha seguido una ola de optimismo que, sacudiéndose los marcos de las "estructuras sin sujeto", tiende en algunos casos a sobrevalorar a la sociedad civil, exceso de optimismo que podría atribuir a las prácticas, símbolos y discursos provenientes de los sectores populares un sentido liberador y transformador *a priori*, sin evaluar la complicidad y acriticidad presentes en las prácticas sociales.

El reto estriba en la capacidad de reconocer los aportes de las prácticas sociales en su sentido emancipatorio, sin caer en la sobrevaloración o en lo que Giménez denominaría "apología de la marginalidad".³ Ello significaría elevar a premisa metodológica aquella advertencia gramsciana de que lo popular no se define por su origen sino por sus usos.

En un mundo de crecientes intercambios, de hibridaciones, como las llamaría García Canclini,⁴ y en pleno auge de la cultura de masas, lo que está en juego no es la pureza de los orígenes de determinada propuesta, sino la capacidad de una apropiación crítica y selectiva por parte de los actores sociales del conjunto de alternativas tecnológicas, científicas, económicas, culturales, políticas y sociales que hoy día se ofrecen a nuestro entendimiento, lo que no implica que se encuentren libres de determinaciones para su acceso. La capacidad de potenciar a través de los usos los

Profesora-investigadora de la Maestría en Comunicación del ITESO.

dispositivos a los que se ha hecho alusión, pasa necesariamente por un saber-hacer cuentas con el poder que regula su acceso, como una forma de contrapoder.

El poder no es único ni monolítico, sino un haz de relaciones de fuerza;⁵ se trata de poderes múltiples que operan hoy día a través de sofisticados y complejos mecanismos de seducción, presentes en los universos micro en su doble dimensión: como aquel que se ejerce sobre unos, y el que estos "unos" oponen para contrarrestar al primero.

La emergencia de nuevos actores en la escena social: mujeres que buscan una cotidianeidad distinta, jóvenes que reclaman su derecho a existir como actores sociales, ecologistas que impulsan un cambio en las relaciones con el entorno, organizaciones barriales que reivindican su derecho a servicios, que defienden sus tradiciones y su patrimonio, consideradas como "manifestaciones incapaces de incidir eficazmente en la institucionalidad estatal -antes interpretadas como señal de inmadurez política- comienzan a ser valorizadas como expresión de resistencia, de autonomía y creatividad".⁶

En esta valoración de actores y prácticas emergentes ha tenido mucho que ver el desdibujamiento de un proyecto alternativo que obligó a un cambio en la mirada de académicos y militantes, así como a buscar nuevos ángulos desde donde interrogar a la sociedad.

El cambio de perspectiva ha traído consigo que la institucionalidad y el Estado dejaran de ser vistos "como parámetro para medir la relevancia de cada manifestación social".⁷ Es decir, las preguntas se dirigen ahora a la potencialidad de los grupos a través de su experiencia vivida, de sus discursos y sus prácticas, a su capacidad de movilización horizontal.

Planteado en otros términos, se puede decir que la recuperación de los ámbitos de la vida cotidiana posibilitó el abordaje de la sociedad civil como actor central de los procesos sociales:

Nosotros queríamos tener una sociedad civil, precisábamos de ella para defendernos del monstruoso Estado frente a nosotros. Eso significaba que, si no existiese, precisaríamos inventarla. Si fuese pequeña, necesitaríamos engrandecerla[...] Es evidente que cuando hablo aquí de "invención" o "engrandecimiento", no tomo estas palabras en el sentido de propaganda artificiosa, sino como señales de valores presentes en la acción política, y que le confieren un sentido exacto al por qué la acción política pretendía tornarlos en realidad.⁸

La presencia de la sociedad civil en toda su compleja heterogeneidad es un hecho que sale al paso

de cualquier observador. La preocupación por comprender los diversos elementos que atraviesan los procesos organizativos, de identidad, reivindicativos de los sectores "no políticos" de la sociedad, pasa por varios asuntos que tienen que ver con el estallamiento de nociones como público-privado, legítimo-ilegítimo, lo instituido y lo instituyente y, principalmente, por la crisis generalizada de la noción de Estado.

La liberalización de la economía, representada en la producción "desterritorializada" y en los acuerdos para el libre comercio, pero fundamentalmente el acceso a la cultura-mundo por vía de la tecnología de punta, las industrias culturales y los medios de comunicación, han venido transformando la noción y las representaciones en torno a la vida privada y a la vida pública: los límites entre una y otra dimensión no son ya fácilmente trazables.

Lo privado se ha definido como el "espacio" que protege al ciudadano de la intrusión pública.⁹ Sin embargo, la dramatización y espectacularización creciente de asuntos considerados "íntimos" a través de las pantallas de televisión,¹⁰ señalarían al menos una transgresión al acuerdo de mantener la separación entre ambas esferas.

Pero por otro lado, y paradójicamente, el hecho de que hoy exista una aparente "hiperventilación" de asuntos de interés común no indica que exista un espacio público robustecido de cara a la democracia.

En el campo de la comunicación, por ejemplo, los estudios de audiencia o recepción crítica -anclados en variables como la identidad, la territorialidad, el género y la escolaridad- son una recreación de la sociedad civil, de colectividades que van al encuentro de la realidad mediatizada, no sólo como productos, sino en su calidad de productores sociales de sentido. No se trata entonces, en este caso, de "inventar" (en el sentido de hacerla aparecer como) una audiencia crítica y selectiva, sino de reconocer las huellas, en las pequeñas estrategias cotidianas, de una capacidad impugnadora que puede ocultarse tras una apariencia de sumisión.

El ejemplo utilizado en el párrafo anterior da pie para plantear que nos encontramos frente a un actor constituido por múltiples experiencias donde la esfera mediática es una entre varias. En la medida en que otras áreas del conocimiento han venido aceptando paulatinamente la importancia creciente de los medios de comunicación como agentes socializadores,¹¹ la mirada de los estudios en comunicación se ha descentrado para reconocer la heterogeneidad de los actores y profundizar en los

componentes culturales, raciales o sexuales no sólo como elementos de "diferencia", sino como verdaderos dinamizadores de eventuales movilizaciones políticas.

En un trabajo sobre los nuevos movimientos sociales se planteaba que la emergencia de actores sociales que se agrupan en torno a objetos tan variados como la libertad sexual, la ecología, el consumo, etc. y la posibilidad de un contacto creciente entre estos actores a lo largo y a lo ancho del mundo -que puede ser pensada como una "sociedad civil internacionalizada"-, es una problemática que no puede ser reducida a determinaciones de clase.¹² Estos objetos han sido capaces de convocar a una pluralidad de actores que expresan, en su composición y maneras de nombrar sus problemas, que el eje de la movilización colectiva rebasa la dimensión socioeconómica.

Pero, de otro lado, no se puede ignorar ni subvalorar los mecanismos del poder, que es capaz de apropiarse y resemantizar los discursos y las luchas sociales, domesticarlas al transformarlas en "discursos light". Así, y día tras día, salen al paso nuevas "órdenes" y "hermandades" que recuerdan la estrategia de la iglesia medieval que captaba y cooptaba los movimientos heréticos, eliminando de este modo los gérmenes de oposición.¹³ Allá la "hermandad de los ecologistas", más allá la "orden de los pacifistas", "la compañía de los derechos humanos", los "misioneros de la democracia", mientras que al centro y por los canales masivos aparecen difundiendo su palabra los profetas del sistema que en su mejor ejercicio de "realidad virtual" (es decir, parece que lo sienten y lo viven) reproducen y despojan de su peligrosidad palabras como solidaridad, derechos humanos, justicia o participación, y erigen como su maestro al paladín de la epopeya modernizadora de la nación: Salinas de Gortari.

Las posibilidades quedan neutralizadas; la realidad, domesticada. Y de nueva cuenta, todos los días, las mujeres del barrio, los jóvenes y viejos ambientalistas, los estudiantes, los que sueñan, los que actúan, trazan incansablemente las rutas de la utopía, sorteando precipicios, enfrentando, replegándose, negociando con resultados desiguales.

La conquista de la palabra

Condición y producto de la cultura contemporánea, los medios de comunicación se constituyen en herramientas estratégicas para el impulso de una "nueva" subjetividad en la que los ciudadanos asuman el compromiso de un accionar colectivo. Las

sociabilidades contemporáneas no pueden pensarse ya al margen de estos medios, y es contando con ellos como podría transitarse de un espacio público controlado y restringido a un espacio público democrático, plural y abierto.

Los abusos del poder gubernamental o privado no encuentran contrapeso sino en la capacidad de resistencia de la sociedad civil, en la construcción de instancias y mecanismos que vigilen y hagan una realidad el respeto por los derechos humanos, por la dignidad ciudadana.

Hoy día es indudable la importancia creciente de los medios de comunicación como lugares de construcción de representaciones sociales para la acción. Un acontecimiento que puso en evidencia la vulnerabilidad de la sociedad civil fueron las explosiones del 22 de abril en Guadalajara, que dejan abierta la pregunta sobre el futuro en la relación que habrá de establecerse entre la sociedad y los medios.¹⁴ De entre los necesarios aprendizajes derivados de esta tragedia, destaca que el derecho a la información no es una graciosa concesión, sino el principio y plataforma de las sociedades contemporáneas. Si vamos a ser modernos, seámoslo en todos los órdenes.

Quiero hacer mención explícita de un personaje que desde su trágica comicidad se ha convertido en Guadalajara en un símbolo de identificación: *El baboso* -creado por el caricaturista político Manuel Falcón- que sin desfallecer nos recuerda insistentemente, en la página tres del periódico *Siglo 21*, que el nombre de la sociedad civil es tenacidad. Pero también es importante señalar que *El baboso* es ambiguo y representa una dualidad: de un lado, la constatación de la indignación y la persistencia del reclamo ciudadano, y del otro, una patética impotencia, la tolerancia sin límites de una sociedad que no ha encontrado los mecanismos para hacer prevalecer sus derechos.

La comunicación no es mero instrumento neutro para dar forma a lo que ya existe, es una dimensión co-constitutiva de la sociedad. Parafraseando a Merleau-Ponty a propósito del lenguaje, podemos decir "que la comunicación sorprende al hombre y le muestra su pensamiento", constituyéndolo como sujeto en la trama de las relaciones sociales. En el acto mismo de comunicación se operan una serie de juegos en las significaciones instituidas que pueden activar nuevos significados.

La activación de nuevos significados capaces de interpelar a los sujetos es lo que puede generar el reconocimiento de los grupos sociales como parte de un nosotros que dé impulso y sentido a la acción colectiva.

Quizá, como nunca, la comunicación sea una cuestión vital para salir del *ghetto* al que nos ha confinado la intolerancia, la negación del otro, el miedo y la indiferencia. Quizá, como nunca, la sociedad precise de personas y grupos capaces y dispuestos a activar estos significados.

La comunicación, ya lo dijo Martín Barbero, dejó de ser cosa de medios para convertirse en cuestión de mediaciones. Ahí, el comunicador no podrá ser tal si antes no es un comunicólogo, en el sentido más estricto de la palabra: un especialista en comunicación que tiene por oficio ser un recuperador de la palabra de los otros, de los procesos comunicativos imbricados en la interacción cotidiana, un mediador que busca los puentes de unión entre esa sociedad civil fragmentada, dispersa. Un comunicador que, atento a su entorno, entiende y asume que dar a luz un mundo donde las formas de relación tengan en la base el consenso, es tarea de hombres y mujeres que creativamente logren tematizar de un nuevo modo las condiciones de existencia de los sectores sociales menos favorecidos.

Ciertamente las utopías se han desdibujado en un mundo que ha dejado atrás la guerra fría, que se orienta hacia la lógica del mercado, que arrasa en nombre del progreso con los recursos vitales; un mundo donde resurgen los nacionalismos y donde el fervor y el fanatismo religioso desbordan la realidad. Frente a este mundo es evidente la dificultad para la construcción de una sociedad civil fuerte y comprometida; pero también es evidente que las profecías de destrucción, de muerte, de homogeneización chocan cotidianamente con los pequeños y grandes sueños, con las resistencias y la lucha abierta y decidida de la gente. Hoy, más que nunca, y sin caer en la inocencia ni el romanticismo, no podemos darnos el lujo de ver sólo la pérdida, los espacios de los cuales nos despoja el poder; pero es claro que no podemos tampoco ver sólo la invención, lo emergente. La diferencia es importante siempre y cuando no nos oculte la desigualdad.

En esta ruta hacia la utopía, la sociedad civil tiene que aprender de sí misma: ni sólo pérdida, ni sólo afirmación. ♦

Notas

1. Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona, 1987.
2. Sader, Eder. "La emergencia de nuevos sujetos sociales", trad. Rosa Elba Arroyo y Leonardo Díaz Abraham, en *Quando novos personagens entram em cena*, s/d.
3. Giménez, Gilberto. "La sociedad civil: el discurso popular", ponencia presentada en la *V Mesa Redonda de Trabajo*:



Formas Culturales de Control Social. Discursos y Mediaciones, mimeo, El Colegio de Michoacán, junio de 1991.

4. García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Col. Los Noventa, Conaculta-Alianza Editorial, México, 1991.
5. Foucault, Michel. *Microfísica del poder*, Ediciones La Piqueta, Madrid, 1980.
6. Sader, Eder. *Op cit.*
7. *Ibidem.*
8. Weffort, F. *Por que democracia?*, Brasiliense, Sao Paulo, 1984.
9. Bourdieu, Pierre. "Anatomía del escándalo", en *La Jornada Semanal, La Jornada*, México, 8 de julio de 1990.
10. Un ejemplo de estas dramatizaciones son los programas televisivos de la cubana Cristina Saralegui.
11. Sciolla, Loredana. *Teorías de la identidad*, mimeo, trad. Gilberto Giménez, tomado de *Identitá*, Rosenberg and Sellier, Turín, 1983.
12. Reguillo, Rossana. "Los movimientos sociales, notas para una discusión", en *Regriones*, núm.24, Iteso, Guadalajara, diciembre-marzo de 1993. Ortiz, Renato. "Cultura, espacio nacional e identidades", ponencia presentada en el VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, Acapulco, octubre de 1992.
13. Díaz Salazar, Rafael. *El proyecto de Gramsci*, EH/Anthropos, Barcelona, 1991.
14. Reguillo, Rossana. "Catástrofe y orden público: fracturas y fisuras en el medio urbano. El 22 de abril en Guadalajara", en *Revista Ciudades*, núm.17, Red Nacional de Investigación Urbana, México, mayo de 1993.